Los últimos mil días de Roberto Arlt

Álvaro Abós

El sábado 20 de mayo de 1939, una empleada de la Editorial Haynes salió de su trabajo al mediodía y fue caminando por la calle Río de Janeiro hacia Rivadavia. Un hombre que estaba parado en la puerta de una pensión, en Río de Janeiro al 200, la abordó[1].

Ella se llamaba Elizabeth Mary Shine, tenía 27 años y era la secretaria de León Bouché, director de *El Hogar*, una de las publicaciones de la editorial. Él tenía 39 y era Roberto Arlt, conocido escritor que en *El Mundo*, el diario matutino de Haynes, había hecho populares sus «aguafuertes porteñas». Ella, que no tenía buena vista, no lo identificó enseguida.

–¿La puedo acompañar, Elizabeth?

–Ah, señor Arlt. No lo había conocido.

Se habían visto ya varias veces, porque Arlt, además de escribir en *El Mundo*, lo hacía también en *El Hogar* y *Mundo Argentino*, que tenían su redacción y administración en el edificio, rematado con una cúpula poderosa, que se alzaba en la esquina de Bogotá y Río de Janeiro. No hacía mucho, Roberto y Elizabeth habían conversado sobre el casamiento del príncipe Eduardo de Windsor con la plebeya Walli Simpson, un tema que entonces estaba en boca de todos. Roberto sostenía que Walli era tan atractiva que por ella valía la pena perder un reino. Elizabeth, como buena hija de irlandeses, sostenía en cambio que a aquel noble inglés le faltaba coraje para subir al trono[2].

Aquél mismo sábado, Roberto la acompañó hasta la calle Iberá, en Núñez, donde ella vivía con la madre. Le dijo que, para hablarle, se había dado coraje tomando unas copas en el bar de Rivadavia y Río de Janeiro. El domingo 21 también se vieron y pasearon por la plaza de San Isidro.

[1] *Perrone, Alberto Mario:* Una vida que cambió el 20 de mayo de 1939, Sur, *Buenos Aires, 1.º de abril de 1990.*

[2] *Abós, Álvaró*: Mil días con Roberto Arlt, La Nación, *Buenos Aires, 16 de mayo de 1999. El autor entrevistó a Elizabeth Shine de Arlt en el geriátrico de Buenos Aires donde reside, en febrero de 1999.*

–Usted es casado, Arlt, y los hombres casados no me interesan –le advirtió ella.

–Pero estoy separado. ¿Hoy es domingo, los tribunales están cerrados? Bueno, mañana mismo hablo con el abogado para que inicie los trámites del divorcio[3].

Hacía tiempo que la miraba en la editorial, le dijo él, y que se había enamorado de ella. «Por fin te encuentro», le confesó ese domingo, antes de besarla por primera vez.

Una fotografía de la época muestra a Elizabeth con un corte de pelo a lo «garçon», morena, de ojos intensamente oscuros[4]. El padre había tenido una librería en la calle Florida –Mackern & Shine– de la que ella heredó «maravillosos libros ingleses ilustrados» y la familia era amiga de los Láinez, dueños de *El Diario*, donde Elizabeth trabajó un tiempo: era la única mujer de la redacción. Tras ser la secretaria del director en *El Hogar*, fue traductora y periodista en revistas femeninas. Pero eso sería años después, cuando murió Roberto y ella quedó viuda y con un hijo.

Durante los tres años que estuvieron juntos, Elizabeth acompañó a Roberto en sus andanzas por la vida bohemia de Buenos Aires. Compartían todo: teatros, cines, restaurantes, largas charlas en bares. Ella reconoce que nunca fue una especialista en literatura. En 1990 le confió a Alberto Mario Perrone que Roberto «me pidió que no los leyera (sus libros) porque me iban a entristecer. Ojeé *El amor brujo* por curiosidad, ya que él conservaba una foto de la jovencita protagonista de la novela y todo el tiempo me hablaba de ella» ¿Qué le decía Arlt de esa chiquilla cuya seducción por el protagonista Balder es el tema de la novela de 1932? «La había conocido viajando en tren. Me contó que fue a verla y la tomó del mentón y le dio un beso en la boca y él le dijo que tenía esposa. Me contó que al principio ella defendía su pudor, pero resultó que no era virgen. Aquello concluyó cuando la chica le reveló que había tenido relaciones antes. No la volvió a ver nunca más»[5]. Elizabeth recuerda haber leído otro fragmento, en *Los siete locos*, donde el personaje describe un prostíbulo en la calle Rincón. «Es el día de hoy que hablan de esa calle y me da un estremecimiento»[6].

[3] *Perrone*: ob. cit.

[4] *González Lanuza, Eduardo*: Roberto Arlt, *Colección «La Historia Popular», Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.*

[5] *Perrone*: ob. cit.

[6] *Conversación con el autor, 1999.*

Muchos de los episodios que relata Elizabeth tienen que ver con escenas de las novelas de Arlt, con sus cuentos o con sus aguafuertes. ¿Se los contó Roberto, los vivió, los leyó en los libros y artículos de él? «Como buen novelista, Roberto era un globero fenomenal», reconoce Elizabeth.

La madre de Elizabeth le espantaba los novios («yo contaba con muchos festejantes pero mi madre me tenía completamente dominada y nunca había salido con un muchacho»)[7]. Una persona como Arlt, con su fama de extravagante, no podía caer bien a una madre así. «Mi madre se llamaba Julia Wilmort y murió en 1987 a los 106 años».

El primer regalo que Roberto le hizo a Elizabeth fue la novela *El hombrecillo de los gansos* de Jakob Wasserman. También le regaló novelas del portugués Eça de Queirós, al que Roberto admiraba. Como Julia tenía una criada gallega que hablaba todo el tiempo, él se fijaba en el almanaque para ver a qué santo estaba dedicado el día y entonces le advertía a la empleada que debía guardar silencio por respeto a ese patrono. El segundo obsequio tangible de Roberto fue un jamón. Durante mucho tiempo estuvo comiendo por las noches lonchas de jamón con huevos fritos en la casa de la calle Iberá. «En cierta oportunidad en que no me sentía bien –cuenta Elizabeth– me fui a acostar y como mi madre jamás cenaba, mi festejante dio fin, él solito, a una brótola con salsa de anchoas y un flan de naranja de los que se hacían con seis huevos. Al día siguiente, me llamó por teléfono y me dijo: «Decile che a tu 'drema' que cocina muy mal. No me sentí bien anoche»[8].

Según Elizabeth, Roberto no se llevaba bien con Julia aunque «a veces era capaz de decirle que la quería más que a la propia madre».

¿Qué publicó Roberto en estos años? En 1939, el cuento *Las fieras*, aparece en la *Antología de Cuentistas Rioplatenses de Hoy*, compilada por Julia Prilutzky Farny. En 1941 *Un viaje terrible*, relato que ya había aparecido en revistas, se reedita como el número 6 de la colección semanal *Nuestra Novela*, creada y dirigida por Alberto Insúa. En ese mismo 1941, la editorial Zig Zag de Chile le publica, durante su estancia en Santiago, un libro de cuentos: *El criador de gorilas*. Y a lo largo de esos años salen sin pausa cuentos en *Mundo Argentino* y *El Hogar*: quince cuentos en 1939. En 1940, fueron cinco. En 1941, dos. En 1942, el año de su muerte, cuatro[9].

[7] *Perrone*: ob. cit.

[8] *Urondo, Francisco*: Roberto Arlt, intimidad y muerte, Artiempo *N.# 1, Buenos Aires, octubre 1969. La misma entrevista, ampliada, fue publicada en* Cuadernos Hispanoamericanos *N.# 231, Madrid, abril 1970.*

[9] *Borré, Oamar*: Arlt y la crítica, *Ediciones América Libre, Buenos Aires, 1996.*

El 18 de marzo de 1940, el Teatro del Pueblo, al que Arlt entregó toda su producción teatral (salvo *El fabricante de fantasmas*, que en 1936 estrenó, con un gran fracaso, la compañía comercial de Milagros de la Vega y Carlos Perelli) había puesto en escena *La fiesta del hierro*. Arlt dividió los derechos de autor cobrados por esa obra en dos partes, la mitad fue para la hija de Arlt, Mirta y la mitad para Elizabeth. Con los quinientos pesos que le dio Roberto (agregando cien de su bolsillo) Elizabeth compró un anillo de brillantes que sirvió como alianza de bodas ya que él «no usaba cintillo porque sus ideas eran las de un comunista sin ser un militante»[10]. Arlt también mantenía a su anciana madre Catalina Lopztraibizer, que vivía en Cosquín. Lila, la única hermana de Arlt, con la que éste tuvo una relación estrecha, había muerto en 1937. «El sueldo de *El Mundo* –relata Raúl Larra– no resuelve todos sus compromisos, a pesar de que lleva una vida modesta. Por eso, cuando un amigo le propone colaborar con un nuevo diario, *Santa Fe de Hoy*, por una retribución de ciento cincuenta pesos mensuales, acepta encantado... Si transcurre el primer día del mes sin recibir el giro, le telegrafía al amigo inquiriéndole noticias...»[11]. Arlt le enviaba cada mes 40 pesos a su hija, y la misma suma a su esposa Carmen Antinucci y a su madre. Estos apremios explican que dedicara tiempo y energía a sus proyectos industriales, en los que veía una posibilidad de salvación económica.

Arlt había inventado un procedimiento para fabricar medias de mujer cuyo punto no se corre en la malla. Lo registró en 1934, renovó la patente el 12 de enero de 1942, y acompañó una memoria donde escribe las cinco fases del proceso de vulcanización de las medias. La atracción de Arlt hacia las ciencias se manifestaba en algunos de sus personajes: Silvio Astier, protagonista de *El juguete rabioso*, había inventado un cañón; Balder, en *El amor brujo*, era proyectista; Erdosain, en *Los siete locos*, había delineado el plano para una fábrica de fosgeno e inventado la rosa de cobre, una tintorería para perros y unos puños de camisa metalizados. «Inventar es para Arlt condición divina: inventando, el hombre se asemeja a Dios. Inventa sueños y sueña inventos» (Raúl Larra).

Para explotar el descubrimiento de las medias de mujer que no se corren, Arlt se asoció con el actor Pascual Nacaratti, creando una sociedad llamada «Arna». Mientras Nacaratti busca créditos, Arlt alquila un taller en Lanús en el cual se instalan algunos aparatos: un autoclave, un barómetro, una pierna de duraluminio[12]. En Córdoba y Larrea, en una de las tantas pie-

[10] *Larra, Raúl*: Roberto Arlt, el torturado, *Ediciones Ameghino, séptima edición, Buenos Aires, 1998*.

[11] *Larra*: ob. cit.

[12] *González Lanuza*: ob. cit.

zas de pensión que ocupó con Elizabeth, Arlt tenía un tubo de oxígeno y grandes cantidades de caucho, que compraba, para experimentar, en cuanto disponía de algún dinero. Un día lo visita Leónidas Barletta y encuentra todo el techo salpicado con caucho. –Fue un accidente. Estoy experimentando, ¿sabes? –se disculpa Roberto[13].

Según Elizabeth, Pablo Mounier, la persona que le vendía el caucho, le aconsejaba que abandonara esa idea. «Pero nadie podía con él. Como escribía sus notas en veinte minutos, le sobraba tiempo para sus locuras y vagabundeos». Arlt había abandonado el proyecto de las medias por irrealizable, pero tornaba a aferrarse a él cuando estaba acosado por la falta de dinero. «Era una obsesión, una desesperación». Elizabeth le dijo a Francisco Urondo en 1969 que «las medias quedaban cubiertas por una malla gruesa, ¿qué mujer se va a poner eso, si parece piel de pescado? Pero él, por mi oposición a su proyecto, me consideraba una enemiga»[14].

Cualquier motivo era bueno para que Elizabeth y Roberto pelearan. Por ejemplo: habían comprado un terreno en La Lucila, a pagar en cuotas. Arlt no sólo hacía infinitos planos para la futura e hipotética casa que iban a levantar, sino que, además, pensaba en quiénes iban a ser los invitados: él quería invitar a alguien, a ella no le gustaba y por eso ya se peleaban[15].

Pero volvamos atrás, a aquel domingo de 1939 en que él se le declaró. «Me preguntó si me animaba a casarme con él, ya que estaba enfermo del corazón. Lo miré y eso (que estuviera enfermo) me pareció algo imposible de creer. Estaba generoso, jovial, activo. Lo mejor de él era su espontaneidad. Cuando debía volcarse en algo sabía hacerlo y se daba por entero, siempre a las risotadas». Según Elizabeth, los prometidos trámites de divorcio con Carmen los inició con un abogado de nombre Barberis. ¿Qué le decía sobre su relación con Carmen? «Hacía tiempo que sea había separado de su primera mujer, la pobre Carmen, que estaba muy enferma de tuberculosis en Córdoba. La relación matrimonial, según me dijo Roberto, había durado poco tiempo».

Roberto y Elizabeth se querían y, al mismo tiempo, se rechazaban. «Los dos éramos terriblemente celosos. Antes de que saliera para Chile, yo le aclaré que no tenía vocación de Penélope y él se puso furioso. En realidad había comenzado un pulóver, pero no tenía intención de terminarlo y empe-

[13] *Larra*: ob. cit.
[14] *Urondo*: ob. cit.
[15] *Arlt, Mirta y Borré, Omar*: Para leer a Roberto Arlt, *Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1985.*

zar de nuevo... A veces él me pegaba en la calle, pero yo le devolvía. En el 41, antes de hacer un viaje a Campana, quiso hacer el amor pero no quise; entonces, se puso furioso y me dijo: 'En este viaje me voy a morir', y se fue... Cuando se fue a Chile, quería hacer un viaje largo, quería librarse de mí. Sufríamos mucho. Yo también hubiera querido encontrarme una provinciana, con uno de esos filtros que me hiciera olvidar de Roberto. Era un sufrimiento, pero también era una necesidad estar juntos. Era un amor a pesar de nosotros»[16]. Raúl Larra describe aquella relación como «tempetuosa, con grandes remansos de dicha y violencias de borrasca»[17].

En algún momento de la década del treinta a Arlt le descubrieron una afección cardíaca. Se le prescribió un tratamiento que incluía ejercicios físicos. Junto a dos amigos, uno de ellos el escritor Córdova Iturburu, se inscribieron en la YMCA, en cuyo gimnasio practicaron deportes. Arlt retrató algunos personajes pintorescos que allí conoció en su aguafuerte *Motivos de la gimnasia sueca* y también en un cuento, *La clase de gimnasia*. Pero la decisión de cuidar su físico nunca fue muy sólida. Relata su amigo César Tiempo que Arlt «era un ciclotímico. Tan pronto se inscribía en la Young Mean y soñaba con triunfar en clamorosos campeonatos internacionales de boxeo o de natación, renunciaba al café y al cigarrillo (el café y el cigarrillo que terminaron por matarlo) y se sentaba tieso y recto como una columna, tan pronto... tomaba tantas o más tazas de café que las que le atribuyen a Balzac, fumaba como un murciélago y escribía alucinado, desmoronándose sobre la máquina, olvidando las prescripciones de su profesor de gimnasia, prescripciones que nos repetía, vocalizando estentóreamente, a sus amigos de la línea de cafés que, partiendo desde el *Tortoni* de la Avenida de Mayo, llegaba hasta el *Paulista* de Rivadavia y Rivera Indarte...»[18].

Arlt no tomaba en serio sus síntomas, si bien, recuerda Elizabeth, algún sacrificio hacía, como abandonar los cigarrillos rubios que fumaba. Visita por segunda vez a un médico que tiene su consultorio en un noveno piso. «Doctor, le dice, los adelantos en su ciencia son muy relativos. Hice todo lo contrario de lo que usted me indicó; acabo de subir por la escalera y estoy lo más bien»[19].

Uno de los médicos de Roberto, el doctor Blas Molina, le recetaba inyecciones que, finalmente, aparecieron en el cajón de su escritorio en el dia-

[16] *Urondo*: ob. cit.
[17] *Larra*: ob. cit.
[18] *Tiempo, César*: A un cuarto de siglo de la muerte de Roberto Arlt, El Día, *La Plata, 9 de agosto de 1967*.
[19] *González Lanuza*: ob. cit.

rio, sin haber sido utilizadas. Tampoco quería ir al dentista. Le daba terror el torno. Por eso tenía la dentadura a la miseria. Temía dormir con la luz apagada. Elizabeth: «Sólo lo podía hacer cuando yo estaba con él y lo calmaba. Las pesadillas lo torturaban...»[20]. A pesar de su fobia a los médicos, a veces Arlt simpatizaba con alguno, como el doctor Eladio Di Lala, «noble amigo de sus enfermos» según reza la dedicatoria que estampó en *Un viaje terrible*.

La vida de Roberto Arlt durante sus últimos tres años gira alrededor de cuatro mujeres: Elizabeth, su amante y luego su esposa; Mirta, su hija; Carmen Antinucci, su primera mujer, y su madre Catalina Lopztraibizer, triestina, a quien Roberto llama Vecha.

Ni el padre (de nombre Karl y nacionalidad alemana) ni la madre llegaron a dominar nunca el habla de los argentinos. Eduardo González Lanuza ha trazado este retrato de Vecha: «Tiene origen campesino, pequeña talla y grandes ojos. Fanática de la religión del orden, capaz de utilizar los residuos en sucesivos avatares de inverosímiles empleos. Zurce sobre los remiendos antes de reconocer que una prenda de vestir ha llegado a su fin. Persigue una mota de polvo sobre sus míseros muebles que relumbran, siempre recién barnizados, y sabe inmovilizar ilusorias monedas en flacas alcancías. En la casa se habla alemán, y las virtudes de ambos cónyuges sumadas, no la hacen demasiado confortable»[21].

Según Raúl Larra, Roberto heredó de su madre «unos grandes ojos castaños, con un destello singular, ojos que de pronto parecen lejanos, como horadando lo inmediato, ojos que expresan la vida interior, y también un aferramiento al entorno. La madre es novelera, inventará historias, y hacia el final de su vida, sola en Cosquín, se refugiará en las ciencias ocultas y frecuentará a Nietzsche y a Wagner. Ella le lega a Roberto su novelería, su imaginación exaltada y rica...»[22].

He hablado más arriba de cuatro mujeres. Quizás haya que agregar una quinta, su hermana Lila, cuya temprana desaparición, en 1937, fue para Roberto y para su madre, un dolor que nunca cesó. Una carta de Roberto a Lila, no fechada pero que por los datos que contiene podría datarse en 1930, traza una dura descripción de las relaciones familiares que ligaban a los Arlt. «Al lado de ella (Carmen) no he estado nunca cómodo, nunca alegre, ella, como mamá y como papá, lo único que han sabido hablar es de dinero, siempre de dinero»[23].

[20] *Conversación con el autor.*
[21] *González Lanuza*: ob. cit.
[22] *Larra, Raúl*: ob. cit.
[23] *Borré, Omar*: ob. cit.

Una carta de Vecha (circa 1940), comienza con un pésimo augurio: «Querido Roberto: No me siento nada bien y quiero decirte una cosa antes de morir». Sin embargo, Vecha no murió entonces sino que tuvo que atravesar el trance de enterrar a su hijo –como antes había enterrado a Lila– y sobrevivirlo ocho años. Escribe la madre al hijo, con su pintoresca ortografía: «Te ruego para el bien de tu alma para tu salvación, buscate un fraile o un cura y confesate y comulgá y decile que también te de el sacramento de la confirmación que tú no lo recibiste, contale toda tu vida y él te aconsejará pues querido hijo quiero decirte que lo que enseá la religión católica es la pura verdad y sepas que en la Santa Eucaristía hai Jesucristo vivo Dios omnipotente, a mí, miserable pecadora me dio la grazia de verlo con estos ojos corporales... a la Mirta decile que crea en Dios y que se confiese y comulgue pues recibio el Sacramento Del Matrimonio sin hacerlo y fue un sacrilegio, te digo todo esto porque deseo el vuestro bien... te digo querido Roberto que tu morte es mui probable que sea istantánea y se no estás preparado que será de tú en el otro mundo, que Dios me mande todas las penas a mi pero que te salve a tu... A la Carmen de sile también que sea buena y que yo le perdono sus cartas ofensivas... Termino esta pidiendote perdon por la poca instrucción religiosa que te di en tu infancia y te ruego no desprecies lo que te pido que es la voz de Dios que por mi medio llega hasta tu. Con toda mi alma te abrazo y te vendigo y siempre rezaré por tu. Su mama Catherina Lopztraibizer de Arlt»[24].

Las admoniciones de Vecha debieron afectar a Arlt, que siempre había sido sensible a los actos de adivinación: sobre las ciencias ocultas trata el folleto que Juan José de Soiza Reilly le había editado a los 20 años[25]. Arlt recurría a horóscopos, adivinos y tiradores de tarot. Un tal Alpherat, especialista célebre en la época, a cargo del consultorio astrológico de *Mundo Argentino*, sostiene que en 1940 Arlt le pidió que le enseñase astrología. «Lo primero que tuve que hacer fue levantar su plano natal. Y no me asombró lo más mínimo que el cielo acusase una potencia casi sísmica. La poderosa conjunción de Júpiter con Urano en el signo del Fuego de Sagitario, se enlazaba con una triple conjunción de Marte, la Luna y Mercurio... Recuerdo que en una noche inolvidable en la que me confesó (son sus palabras) que sentía 'dolor de muelas en el corazón', le dije que su nombre perduraría entre los valores más altos de América. Y agregué: 'No soy yo

[24] *Borré, Omar*: ob. cit.

[25] *Arlt, Roberto*: Las ciencias ocultas en la Ciudad de Buenos Aires, *Tribuna Libre, Buenos Aires, 1920. Es el primer escrito publicado por Arlt, si se exceptúa el* Diario de un morfinómano, *supuestamente publicado en Córdoba pero de cuya existencia muchos investigadores dudan ya que hasta el momento no pudo ser hallado ejemplar alguno.*

quien te lo dice. Es tu cielo'». Por esos años, Arlt le solicitó a Xul Solar que hiciera la carta astral del personaje protagónico de *El desierto entra a la ciudad*, la obra que estaba escribiendo[26].

La cordobesa Carmen Antinucci pertenecía, según Eduardo González Lanuza, a «la muy honorable casa de los Antinucci, donde se desconfía de la bohemia, en especial de la involuntaria, con idéntica convicción que en el resto de las familias de la docta»[27]. En esa casa entra Roberto, un porteño que ha ido a parar a Córdoba para cumplir con el servicio militar en el Regimiento 13 de Infantería con sede en Alta Córdoba, pero que prolonga su residencia, «por la mano de Carmen, una de las hijas pianistas, que se ha enamorado de él... Carmen tiene tres años más que su pretendiente, unas tosecitas pertinaces y algunas décimas a la caída de la tarde»[28]. Se habían conocido durante una función cinematográfica; él estaba en la platea y ella en un palco, pero él la miró todo el tiempo. «Es una jovencita menuda de tez muy blanca, delgada y rubia. Después de algunos intentos frustrados, Roberto consigue entablar conversación, una conversación que culminaría en breve noviazgo. Y a pesar de la fuerte oposición de la familia, Roberto Arlt y Carmen Antinucci se casan. Los Antinucci eran italianos enriquecidos que habían hecho la América con un negocio de ramos generales en Las Perdices (Córdoba) y proyectaban regresar a Italia pero la muerte repentina del padre y la pésima administración de la viuda, que queda con doce hijos, los conduce paulatinamente a la bancarrota»[29]. Respecto a los sentimientos que su suegra alentaba hacia Roberto, Carlos Correas cita esta anécdota: cuando a la madre de Carmen le dijeron que su yerno había publicado un libro titulado *Los siete locos*, agregó: «Y con él, ocho»[30].

Que Carmen hubiera ocultado a Arlt su tuberculosis fue una de las causas del naufragio matrimonial, cree González Lanuza. La boda se celebra en 1922. El novio condesciende a coserse unos puños postizos a las mangas de su camiseta y oculta su pechera con otra igualmente postiza con su correspondiente cuello Mey. La novia trae una dote modesta pero nada desdeñable: unos 25.000 pesos, con los que adquirieron un terreno en la calle Lascano del barrio porteño de Villa Devoto y comenzaron a construir una casa (que nunca se terminó) recibiendo la ayuda del padre de él, aquel terri-

[26] *Arlt, Roberto*: El desierto entra a la ciudad, *Editorial Futuro, Buenos Aires, 1952. Esta obra póstuma lleva en su página 64 esa carta astral de Xul Solar. El testimonio del astrólogo Alpherat figura en* Roberto Arlt, el desbordado, Mundo Argentino, *1 de octubre de 1958.*

[27] *González Lanuza*: ob. cit.

[28] *Arlt, Mirta y Borré, Omar*: ob. cit.

[29] *Arlt, Mirta y Borré Omar*: ob. cit.

[30] *Correas, Carlos*: Arlt literato, *Atuel, Buenos Aires, 1996.*

ble don Karl, en una época en la que padre e hijo habían atenuado sus pésimas relaciones[31].

¿Por qué se deshizo la pareja de Carmen y Roberto? La carta de Roberto a Lila más arriba citada, contiene un auténtico catálogo de agravios conyugales: «de cariño no sabe esa mujer», «tiene un corazón de piedra», «es dura, parece tan fría que en los momentos más álgidos no pierde nunca la calma y combina algo para dañar o herir», «nuestra madre una egoísta, nuestro padre un egoísta, qué querés», «qué decirte de la casa Antinucci, la casa Arlt y la casa Antinucci han sido las peores que me ha sido dado conocer en mi vida», y así continúa interminablemente; el mismo Arlt se da cuenta de que está enhebrando una letanía y se disculpa ante Lila: «necesito desahogarme». Luego relata a la hermana que «he llorado hasta por las calles al pensar en el desastre que era mi vida cuando todos los acontecimientos exteriores sólo debían proporcionarme felicidad, orgullo, alegría. Soy el mejor escritor de mi generación y el más desgraciado».

A pesar de todo, en 1933, cuando se publica *El jorobadito*, Arlt estampa la siguiente dedicatoria: «A mi esposa Carmen Antinucci. Me hubiera gustado ofrecerte una novela amable como una nube sonrosada, pero quizá nunca escribiré obra semejante. De allí que te dedique este libro, trabajado por calles oscuras y parajes taciturnos, en contacto con gente terrestre, triste y somnolienta. Te ruego lo recibas como una prueba del gran amor que te tengo. No repares en sus palabras duras. Los seres humanos son más parecidos a monstruos chapoteando en las tinieblas que a los luminosos ángeles de las historias antiguas. Por eso no encontrarás aquí doradas palabras mentirosas, ni verás asomar el pie de plata de la felicidad, pero tú, que eres comprensiva y tan amiga mía, recíbelo como recibiste mis otros libros, escritos bajo tu mirada pensativa. Tu agrado será mi mejor premio»[32].

La hija de Roberto y Carmen, inscripta como Electra Mirta, nació en 1923 en Cosquín. Durante algunos años vive con sus padres en Buenos Aires; durante otros tantos, lo hace en Córdoba, o en Cosquín, capital nacional de los enfermos tuberculosos. A los quince años se escapa de casa con un capitán de aviación. Arlt recurre a Raúl Alejandro Apold, quien luego sería el zar de las comunicaciones durante la época de Perón, y que hacia fines de la década del treinta era un ambicioso periodista de *El Mundo*: debido a sus funciones como cronista en la Casa de Gobierno, Apold tenía muchos vínculos oficiales. Arlt le pide apoyo para que los superiores fuercen al oficial seductor a contraer matrimonio con su hija, lo

[31] *Arlt Mirta y Borré Omar*: ob. cit.
[32] *Roberto Arlt*: El jorobadito, *Editorial Librerías Anaconda, Buenos Aires, 1933.*

que sucede. Según González Lanuza, Arlt, «en insuperable prueba de amor paternal, alquila un jacquet y se embute en él para participar de la ceremonia. El supremo sacrificio no se ve compensado por la escasa duración de la pareja»[33].

Cuando la entrevisté en 1999 Elizabeth, a pesar de la agria enemistad que la separa de Mirta, reconoció que Roberto adoraba a su hija con locura. Cuando venía a Buenos Aires, Mirta visitaba a su padre en las pensiones en las que Elizabeth y Roberto vivieron durante los tres años de su relación. Lo hacía por las mañanas, cuando Elizabeth se iba para su trabajo en Haynes. En una carta, Roberto explica a su hija su propia relación con Elizabeth como un amigo lo haría con una amiga: «Elizabeth y yo, como siempre, lágrimas y sonrisas, besos y patadas. Como de costumbre, somos la piedra del escándalo de las honradas pensiones. Es el amor»[34].

Hacia 1941, la situación afectiva de Arlt era la siguiente: estaba roto su vínculo con Carmen, tan enferma que moriría en algún momento de ese año; su madre ya anciana, de la que era el único sostén, le pronosticaba lúgubres futuros y le formulaba admoniciones religiosas; su hija adolescente se había fugado con un hombre mucho mayor, se había casado de apuro, para luego separarse antes de cumplir los 20 años; Arlt estaba enamorado de Elizabeth pero el vínculo era conflictivo y además, clandestino por la presión de los comunes patrones de ambos; su querida hermana Lila había muerto joven.

A fines de 1940 Roberto Arlt, que ya había hecho otros viajes como enviado especial de *El Mundo* (a España, Marruecos, Uruguay, Brasil, la Patagonia) recibe de Carlos Muzzio Sáenz Peña, su director, el encargo de iniciar una larga gira por América, hasta México. El viaje se inaugura en Chile donde Arlt se halla en diciembre de 1940. Durante ese mes y enero de 1941 el diario publica tres artículos del enviado en los que se analiza la situación económica y social del país andino, gobernado por el Frente Popular que integraban socialistas, comunistas y radicales.

Arlt suspende con este viaje un momento complicado de su vida. ¿Qué hace en Chile? ¿Qué significa ese viaje para él? Según Elizabeth, Arlt convenció a Muzzio para que lo enviara a ese periplo americano. «Se había peleado conmigo y quería irse... Cuando se fue, ya nos habíamos amigado, aunque nos volvimos a pelear por carta». De este tiempo, según el relato que Elizabeth hizo a Urondo, data el episodio de las cartas: «Un día voy a

[33] *Sobre la intervención de Apold en el episodio, cfme: Calki,* El mundo era una fiesta, *Corregidor, Buenos Aires, 1977. Corroborado en la conversación de Elizabeth Shine con el autor.*

[34] *Borré*: ob. cit.

trabajar y me encuentro con una serie de sobres escritos con su letra y dirigidos a distintos amigos de la redacción. Todavía era temprano, no había llegado nadie y me apropié de ellos y los abrí: decía cosas espantosas de mí, incluso intimidades. Hice desaparecer las cartas y al rato me avisaron que tenía una llamada de larga distancia: era él desde Chile que me decía arrepentido: 'hice una gran macana, les mandé unas cartas a esos piojosos, sacáselas que no las vayan a leer'. Después me pidió que fuera a pasar unos días con él»[35].

A fines de ese 1940, Volodia Teitelboim encuentra a Arlt en Santiago: «Llegó una tarde a la redacción del diario *El Siglo*, en Moneda esquina Mac Iver, en busca de un antiguo conocido, Raúl González Tuñón». El poeta de *La rosa blindada* estaba radicado en el país andino. Con la ayuda de Raúl y de Volodia, Arlt consiguió que la editorial Zig Zag le publicase, en 1941, su libro de cuentos *El criador de gorilas*.

Según Teitelboim, Arlt «trataba de escapar no de la policía sino del amor. Un amor que siguió enloqueciéndolo a este lado del monte. Entre lágrimas me hablaba del amor como cadenas que uno lleva dentro...».

Último día de 1940. Volodia va a despachar una carta urgente al Correo Central de Santiago. Atraviesa la Plaza de Armas, solitaria y lunar bajo la mole de la Catedral. En un banco, un hombre solloza. Lleva un sombrero calañés, no parece un pordiosero ni un vagabundo. Volodia se acerca. «Era Roberto Arlt. Me senté junto a él, con ganas de consolarlo. Allí me murmuró aquella frase sobre las cadenas del amor que al tratar de romperlas despedazan al hombre por dentro. Era un llanto incontenible»[36]. Han pasado sesenta años y Volodia, que en 1940 era un joven dirigente comunista, y hoy es un consagrado escritor sin edad, cronista de la memoria propia y ajena, de su tumultuosa vida y de todo lo que haya pasado en Chile, por ejemplo, las vidas de Neruda, de Huidobro y de Gabriela Mistral, Borges condecorado por Pinochet, o Arlt llorando en la Plaza de Armas, agrega otro detalle que ha quedado clavado en su memoria tan larga y fina como la loca geografía chilena: «Cada vez que iba a la cárcel a ver a los compañeros, Arlt quería venir conmigo, le gustaba visitar encarcelados y me contaba de sus visitas a la Penitenciaría de Las Heras, donde había visto cómo fusilaban a Severino Di Giovanni»[37].

«Yo, bien –le escribe Arlt a Vecha–, trabajo mucho y estudiando más, pues nada conocía y me imaginaba de un país como ese. Está a un paso de la Argentina y por su abandono y miseria, y decadencia, es peor que Áfri-

[35] *Urondo*: ob. cit.
[36] *Teitelboim, Volodia*: Los dos Borges, *Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 1997.*
[37] *Conversación del autor con V. Teitelboim en Santiago, noviembre de 1998.*

ca. La capital, un barrio de Buenos Aires, la Boca o Mataderos. Para nosotros los argentinos que traemos dinero la vida es barata, pero para los nativos es sumamente cara. La ropa cuesta como en BA y los sueldos máximos son de 200 pesos. Una sirvienta gana en la capital 10 por mes»[38].

Tras extenderse en otros comentarios sobre la miseria en Chile, le informa que «todos los trastornos que padecía del corazón se han pasado, lo que me hace creer que esos trastornos no eran del corazón sino de origen gástrico, provocados por los mejoradores químicos que en la Argentina, los panaderos le echan al pan. De otra manera no se explica cómo es posible que aquí pueda tomar vino, comer comida con salsas y no sufrir absolutamente nada ni del estómago ni del corazón»[39].

En la carta a Vecha, Arlt le comenta que piensa ir al sur de Chile y que «el gobierno le regala el pasaje». Arlt consigue también un pasaje para Elizabeth, que relata: «Viajé a Santiago y después nos fuimos en tren hasta el sur».

Llegan a Puerto Montt y se inicia lo que Elizabeth llama «nuestra única época de armonía». Su memoria guarda imágenes de aquel paréntesis de felicidad: una función de cine donde daban *La bestia humana* hablada en francés, y cuando se encienden las luces descubren que están rodeados de indios mapuches descalzos. Un viaje a la isla de Tenglo donde se deleitan con torta de cereza, chicha de manzana, tortilla de erizo. Roberto tiene mucho apetito, pide también ostras y vino Concha y Toro. «Total, paga el gobierno». Ellos se hacen traer la comida a la habitación por una indiecita en patas, y a la mañana duermen hasta muy tarde en la confortable cama del Hotel Alemán[40].

Sesenta años después, no hay rastros del Hotel Alemán en Puerto Montt, pero el muelle por el que pasearon los amantes, las playas de guijarro y los cascos de antiguas barcas varadas contra las que se besaron al atardecer, siguen encallados frente al mar, y en la isla de Tenglo, con sus casitas de madera carcomida, que parecen de juguete, y sus cangrejales, otras parejas miran el sol que se hunde en el Pacífico.

Pero Chile no es sólo el amor. Roberto lee un libro que ha causado sensación: *Chile o una loca geografía* del médico Benjamín Subercaseaux, al cual Gabriela Mistral le ha advertido que «van a zarandearlo por la gruesa columna de reparos que levanta en frente de la chilenidad». Algunos párrafos de este retrato geográfico y humano de Chile (que ha resistido bien el paso del tiempo y es considerado hoy en Chile como un libro clásico) molestan a Arlt y se insurge contra ellos. Que el autor dijera, por

[38] *Borré*: ob. cit.
[39] *Borré*: ob. cit.
[40] *Perrone*: ob. cit.

ejemplo: «(la mujer chilena) es muy hermosa en realidad, pero solamente en cierta clase media y en la aristocracia, donde la filiación europea es reciente. La chilena 'antigua' y, sobre todo la popular, es francamente fea. Carece de finura, es ancha de caderas y desmayada de pechos. Ninguno de los matices de la piel y del color que presenta el hombre se ve en ellas. Son extraordinariamente uniformes y desprovistas de gracia... etc., etc.», resultaba intolerable para Arlt, quien escribe un artículo llamado *Chile a través de un aristócrata* que publica en mayo de 1941 en una revista de Buenos Aires[41]: «Dudo que haya país en Sud América donde las masas hayan sido más cruelmente explotadas, hambreadas, masacradas y calumniadas que las masas proletarias de Chile. Albergándose cuando pueden en un conventillo que nos recuerda las más salvajes descripciones gorkianas, semidesnudos, en compañía de sus mujeres semidesnudas, estos tremendos desdichados han tenido que soportar sobre sus espaldas una sociedad que engendra –¡vean ustedes!– literatos como Benjamín Subercaseaux, banqueros como Edwards, financieros como Ross Santa María...».

Elizabeth vuelve de Chile y Roberto, en lugar de seguir su gira por América, también regresa, poco después. Se presenta ante Carlos Muzzio Sáenz Peña y le notifica que no puede continuar la gira ya que está gravemente enfermo. Muzzio (1885-1954) conocía muy bien a Arlt. Había reemplazado a Alberto Gerchunoff, el primer director de *El Mundo* y siempre lo respaldó; el de Arlt era el perfil de periodismo popular que Muzzio quería imponer en el diario. Pero volvamos al momento en que, al regreso de Chile, Arlt se presenta ante su jefe.

«Tengo un cáncer de lengua» le dice con expresión dramática y le muestra una pequeña afta en la lengua. Muzzio queda desconcertado. «Los ingleses» (como se llamaba por entonces a la empresa Haynes por el origen de sus dueños) le habían encargado a Muzzio que controlara de cerca al singular periodista, no tanto para corregirle personalmente los artículos, y salvar las legendarias faltas de ortografía, sino porque Arlt solía retratar en sus notas a personas de carne y hueso y a veces, lo hacía con sus nombres verdaderos o con otros que eran transparentes, causando constantes problemas a sus editores. Según Bouché, Arlt tenía mucha confianza en Muzzio, al que solía llamar *father*. Sin embargo, en opinión de Elizabeth, «desde aquel episodio, Roberto no estuvo bien en el diario, no lo tenían mal pero ya no le dieron el mismo lugar que antes»[42].

[41] Nueva Gaceta *N.º 1, Buenos Aires, 1941.*
[42] *Abós*: ob. cit.

La relación que ligaba a Roberto y Elizabeth no podía permanecer oculta por más tiempo. Iban y venían por Buenos Aires, mil ojos los controlaban. «Mi jefe, cuenta ella, un buen día me interrogó sobre mi 'secreto' noviazgo. Y me dijo que si me casaba con Roberto Arlt, perdía mi trabajo de secretaria». Según Elizabeth, ningún jerarca hubiera admitido que una persona como Arlt tuviera acceso a sus secretos, uniéndose sentimentalmente a su colaboradora más cercana.

Una noche caminaban por la avenida Juan B. Justo, bajo las luces de mercurio que acababan de ser instaladas. Ella era más baja, lo miró hacia arriba. «Me pareció verle cara de muerto. La luz, que sentí maldita, le daba una palidez azulina». Si a Elizabeth la echaban, el sueldo que él ganaba, descontado lo que destinaba a su madre, su mujer enferma y su hija, no iba a alcanzarles. «El se desesperó».

–¿Y si nos casamos en Uruguay?

Fueron un 25 de mayo. Bebieron whisky acodados en la borda del vapor de la Carrera. Se casaron en Pando («Roberto era conocido en Montevideo»), adonde los llevó y les salió de testigo un español amigo de Roberto –uno más de sus sempiternos locos– un tal García Quevedo, rojo exiliado que dormía envuelto en la bandera tricolor de la República, por si lo sorprendía la muerte.

«De regreso, bajamos del tren en la estación Núñez y en una panadería, él compró masas y las trajimos a casa de mamá. Después nos fuimos a la editorial. Ni mi más íntima amiga, Adriana Piquet, la esposa del escritor Carlos Alberto Leumann, sabía nada»[43].

Roberto nunca tuvo casa propia. Vivía en pensiones, al principio en cuartos miserables como los que albergaron a Silvio Astier. Después, cuando se ganaba bien la vida como escritor y periodista (llegó a tener un sueldo de trescientos pesos), pasó a ocupar pensiones de más categoría: en aquella época eran un tipo de vivienda apreciada. Debía mudarse con frecuencia por sus problemas con las dueñas –muchas eran viudas alemanas. Según Elizabeth, «éramos buenos pagadores pero malos inquilinos».

Roberto volvía del diario a la madrugada, dejaba el velador encendido y se acostaba. Al día siguiente, cuando traían el desayuno, la muchacha advertía que él dormía a pata ancha gastando la luz hasta bien entrado el día. También contribuía a que los echaran las constantes trifulcas de la pareja y la manía de los inventos.

[43] *Perrone*: ob. cit.

Un día, Arlt descubre que ama la música –a la que encuentra afinidad con la química y las matemáticas– y comienza a estudiar piano. Adquiere uno, pero en sus constantes mudanzas, y antes de cerrar trato con la nueva dueña, Arlt aclara:

–Vea, señora, tengo un pianito.

–¿Y?

–Nada, un pianito, ¿sabe?

–Bueno, tráigalo, no hay inconveniente.

Pero luego resulta que el tal pianito suena... a las cuatro de la madrugada. Y la dueña los manda con la música a otra parte[44]. Sólo de la pensión de la calle Pampa, entre Vidal y Moldes, Roberto y Elizabeth se fueron por decisión propia. En lugar de traerles la comida a la pieza debían bajar al comedor cuando sonaba un gong que había pertenecido al ministro Knud Aage Monrad Hansen: la aristocrática casona había sido legación de Dinamarca. Eso no les gustó y se fueron en cuanto se cumplió el mes que habían pagado en anticipo[45].

Arlt viaja a Córdoba durante la primera quincena de julio de 1942 para visitar a su madre y su hija. «En cuanto lo vi llegar –relató Mirta a la revista *Primera Plana*– corrí a comprarle ropa de lana, para que se abrigase. Estaba mal vestido, cansado, parecía no importarle el frío tremendo de la sierra»[46]. La casa de Vecha había sido construida con los pesos que Roberto le envió a su madre desde que empezó a trabajar y con los ahorros de Lila, directora de una escuela en el pueblo de Ausonia. Aquella vez, Arlt llevó a Córdoba el manuscrito de su nueva obra *El desierto entra a la ciudad*. Ya la había leído en el Teatro del Pueblo, donde había gustado, pero Roberto coincidía con Barletta en que faltaba arreglar el final. «Una mitad estaba escrita a máquina y otra a mano. Le gustaba escribir a mano, acostado y escuchando música», recuerda Mirta.

Durante las dos semanas que pasó en Cosquín, Roberto y Mirta pasearon por las calles dormidas del pueblo, conversando. Él quería escapar de las agobiantes recriminaciones de Vecha que clamaba por el regreso de Roberto a la fe católica y le anticipaba que, si no se convertía, lo esperaba una muerte próxima.

Mirta: «Nosotros... inventábamos cualquier pretexto para irnos fuera de la casa». Hizo mucho frío aquel invierno en Córdoba. Padre e hija se refugiaban en un viejo café vecino a la iglesia. Él alternaba largos períodos de silencio con estallidos de entusiasmo. «Nuestras caminatas se iniciaban

[44] *Larra*: ob. cit.

[45] *Larra*: ob. cit. *También, conversación con el autor, 1999.*

[46] Aniversarios, *Primera Plana, Buenos Aires, 1 de agosto de 1967.*

temprano, luego de tomar un café con ginebra. El perro de un vecino se aficionó a nosotros y nos seguía continuamente; entonces él agregaba a las ginebras un café con leche 'para el amigo'... Y yo le contaba mis nuevos descubrimientos en el mundo de la filosofía y la literatura y él me escuchaba sonriendo, sin decir nada».

Él le hablaba de sus esperanzas renovadas de que el invento de las medias esta vez saliera adelante y de su fe en que la nueva pieza teatral iba a ser finalmente la obra que le reportara ese éxito que sentía esquivo. «Después tornaba a quedarse silencioso». Mirta sentía que debía romper ese silencio, que él esperaba sus palabras. Pero era él quien hablaba: «Tenés que recibirte. Es urgente. Necesito tener una casa para aquietarme, para tener una vida regular, sin problemas».

Llegó el momento de la despedida. Vecha se quedó en la puerta, mirando cómo la alta figura, con las espaldas cargadas, con su sobretodo hasta los pies, con el sombrero que le ocultaba la cabellera enmarañada cada vez más gris, se alejaba hacia la estación acompañado de la muchacha delgada ya casi tan alta como él. Mirta volvió la vista sólo una vez: la anciana lloraba. Luego miró a su padre y le pareció entrever, bajo el ala baja, los ojos anegados en lágrimas. Mirta y Roberto se abrazaron muy fuerte antes de que él trepara al vagón.

La mañana del sábado 25 de julio de 1942, Elizabeth ya se ha ido a Haynes cuando él despierta al mediodía. Roberto recuerda la conversación que han tenido la noche anterior, sobre el hijo que esperan. Si es varón, él quisiera llamarlo Lito. Si es mujer, Gema, que Roberto pronunciaba Yema; a Elizabeth ese nombre no le gustaba[47]. A la tarde, ella no trabaja, irá a ver a su madre. Él desayuna en la cama y se va al diario. Termina su artículo (¡sería su último artículo...!). Como con León Bouché en el restaurante *Napoleón* de Rivadavia y Boedo. El director de *El Hogar* sostiene que un rato después, Arlt volvió a bajar para repetir un plato[48]. Llega a tiempo para la función vermouth del Teatro del Pueblo. Aunque es una obra que ya ha visto varias veces (*La Mandrágora* de Maquiavelo) le fascina presenciar la faena de los actores. Luego camina desde Corrientes 1530 (el Teatro del Pueblo funcionaba entonces donde hoy está el San Martín) hasta Rodríguez Peña 80, la sede del Círculo de la Prensa, donde se vota para renovar autoridades. Allí se encuentra con muchos amigos, entre ellos César Tiempo.

[47] *Perrone*: ob. cit.

[48] *Ferrer, Horacio y Sáez Germain, Alejandro*: Roberto Arlt, un argentino que usted debe conocer, Gente, *Buenos Aires, 6 de febrero de 1969.*

El autor de *Pan criollo* lo abraza. Roberto le dice:

–¿Te acordás de la historia del tercer ojo que le conté a los malandras de tu lechería?[49]. La inventé en ese momento pero después resultó que las cosas eran tal cual las había inventado y el tercer ojo no me deja dormir desde aquella noche. He visto cosas increíbles, monstruosas, indescriptibles como ese Maelstrom de Edgar Allan Poe que todo lo arrastra hacia su vórtice. Las escribí todas para sacármelas de aquí... –y se señalaba la frente. Y ahora tengo miedo de ver en el enorme vacío donde atisba el más allá esa mirada aterradora capaz de vaciarnos el alma y a la que es imposible oponer la simple mirada de nuestros ojos humanos...».

«Hablamos –sigue relatando César Tiempo– de sus experiencias en las minas de Bilbao y de la alegría fervorosa de las tertulias madrileñas, de tantas caminatas y conversaciones...» César Tiempo y Roberto Arlt se despiden con un juego habitual en ellos: intercambian frases hechas a modo de exhortaciones:

–¡Cuidado con la tristeza! ¡Es un vicio!

–¡Ganemos la batalla por prepotencia de trabajo!

–¡La solemnidad es la dicha de los imbéciles!

–¡Asistimos al crepúsculo de la piedad en el peor de los mundos posibles!

–¡No aflojemos!»[50].

De pronto, Roberto se ha sentido muy cansado. Saluda a todos. Está contento de haber acudido al Círculo, que frecuenta poco; advierte cuánta gente lo quiere. Mientras camina hasta la parada del tranvía, compra uno de los primeros ejemplares del diario del domingo.

Elizabeth ha relatado así lo sucedido el domingo 26 de julio en la pensión de la calle Olazábal: «Dormíamos y a eso de las nueve entró la chica trayéndonos el desayuno. Roberto y yo siempre dejábamos que se nos enfriara el café en la bandeja. Ese día, una vez despiertos, nos pusimos a conversar. Me contó que la noche anterior había estado en el Círculo... Como tres meses después iba a nacer nuestro hijo, me contó que había averiguado por los servicios médicos que tenía la institución: disponíamos del Anchorena. Debe ser un sanatorio importante, me dijo, porque tiene muchos teléfonos. Los últimos minutos de su vida los dedicó a pensar en el hijo que iba a llegar. Yo estaba de espaldas a él, mirando hacia la pared.

[49] *Tiempo, César*: Protagonistas, *Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1954. El autor habla en este libro de una conversación de la que fue testigo, producida en una lechería que frecuentaba, propiedad del conocido autor de tangos Angel Greco, situada en Entre Ríos y Cochabamba. Allí Arlt, ante un grupo de «malandras» contó su teoría del «tercer ojo», una «especie de detector que permite ver lo que los ojos no alcanzan a ver ni adivinar».*

[50] *Tiempo, César*: El Día, *ob. cit.*

Le pregunté la hora y él me contestó: No sé. Eso fue lo último que dijo. Después oí un ronquido, un estertor. Ya se había producido el ataque. Corrí a llamar al médico. No me dejaron subir: estaba embarazada de seis meses y la gente siempre tiene miedo por la criatura. En seguida, a los diez minutos, vino el doctor Muller. Subí con él, pero ya se había muerto. Eran las diez y media de la mañana»[51].

Ciudad de Córdoba, mediodía del domingo. Mirta llega apurada a su casa en la esquina de Rivadavia y 25 de mayo. Imagina que su padre puede llamarla por teléfono desde Buenos Aires. Casi siempre él la llamaba los miércoles pero el último miércoles Mirta no había estado en casa, demorada por una clase tardía en la Facultad. No era fácil para ella, después de lo que había pasado, reanudar los estudios y Roberto quería acompañarla, estimularla. El teléfono sonó en cuanto Mirta hubo entrado. La línea no estaba bien, había interferencias. Tardó en comprender que no eran las líneas averiadas, era el carraspeo y el malestar de quien, al otro lado de esa línea, le estaba dando la noticia. Había que decírselo a Vecha y preparar el viaje de las dos a Buenos Aires.

Lo velaron en el Círculo de la Prensa toda la noche entre el domingo y el lunes. En la tarde del domingo había comenzado a caer una fina garúa. Las mismas caras que lo habían despedido risueñas 24 horas antes, lo reciben demudadas. Cuando retiran el ataúd para llevarlo a la Chacarita, los jóvenes actores del Teatro del Pueblo insisten en sostener el féretro. Aquel lunes, miles de argentinos leen en *El Mundo* la noticia de la muerte de Roberto Arlt junto a su artículo póstumo: se titula *El paisaje en las nubes* y comienza con estas palabras: «Evidentemente, los hombres no eligen sus padres ni sus destinos».

En el peristilo del cementerio el grupo se hace compacto. Una foto muestra aquellas caras congeladas de estupor y dolor. Son todos hombres: las mujeres no van a los entierros. Para despedirlo, Horacio Rega Molina, su compañero de tareas en el diario, lee un poema que comienza con estos versos: «Si yo supiera todo lo que sabes/lo que desde tu muerte has aprendido...».

Cuando el ataúd quedó solo en el nicho provisorio, los amigos de Roberto Arlt se dispersaron con la confusión de alguien al que acaban de amputarle un miembro. ¿Cómo será la vida sin Roberto? Se forman grupos, porque ellos necesitan verse, tocarse, prolongar la presencia armada, convocarla en las voces. Con su figura quijotesca, Elías Castelnuovo, el «hermano mayor», habla de Roberto y narra la visita que habían hecho, con

[51] *Urondo*: ob. cit.

fines periodísticos, al crematorio, donde el director les había hecho una demostración. Y Castelnuovo mimaba el entusiasmo de Arlt y rememoraba sus palabras: «Qué estupendo, exclamaba Roberto abriendo tamaños ojos, ver reducir un mastodonte de ciento veinte quilos de pesos, con los bolsillos llenos de plata, a un quilo y medio de polvo. ¡Es fantástico! ¡Bárbaro!»[52]. La ironía de Roberto no cesa, como la lluvia que sigue cayendo sobre Buenos Aires.

Continúa así el relato de Elizabeth: «El martes fuimos al cementerio mi madre, mi suegra, Mirta y yo. Además, dos hombres: sus amigos Diego Newbery y Guillermo Short Thompson. Ese mismo día yo retiré las cenizas con la autorización del director del cementerio. Siguió lloviendo muchos días más, después volvió a salir el sol. Un día de agosto, en un atardecer frío, fuimos al Tigre en una lancha colectivo. Un lugar del cual Roberto gustaba mucho, solíamos ir a la casa de los Leumann. Era fácil llevar las cenizas, estaban en un cofre pequeño, me acompañaban Leónidas Barletta y Diego Newbery. Estuvimos recordándolo esa tarde y después le dijimos adiós, y en aguas del Paraná, donde confluyen el río Capitán y el Abra Vieja, sumergimos sus cenizas».

El 19 de octubre, en el Sanatorio Anchorena, a las once menos diez de la noche, nació el hijo de Roberto Arlt y Elizabeth Shine. Su único nombre es Roberto.

[52] *Castelnuovo, Elías*: Memorias, *Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1974.*